

## Reseñas

### *Oficios del goce. Poesía y debate cultural en Hispanoamérica (1960-2000)*

Enrique Yepes. Medellín:

Fondo Editorial Universidad Eafit, 2000.

La crítica se fundamenta en una visión coherente y sólida del mundo; y en conceptos claros sobre la literatura y el oficio de escribir, determinados por los esfuerzos que estudiosos del signo literario han logrado desde siglos inmemoriales. Ignorar estas búsquedas y estos intentos por comprender e interpretar el signo poético, equivale a despreciar los esfuerzos del pensamiento y de la ciencia, los cuales han llevado al estado actual de la filosofía, la teoría de las ciencias, la epistemología, y tantas otras disciplinas, como los propios estudios o teorías literarias. Alguna parte de la crítica ha observado que leer y analizar la obra literaria desde perspectivas racionales y metódicas, equivale a destruir la sensibilidad, el misterio y la inefabilidad, y así han creado una aureola mistificada de la creación como acto, como resultado y como objeto de lectura.

A estos intentos se suman hoy nuevas disciplinas que, en forma múltiple y en interacción, reclaman derechos o encuentran medios de intercomunicación con la obra literaria. Así, el signo literario ha desbordado esa exclusiva aureola de la creación y se encuentra ahora sometido a la mirada no sólo de las teorías y de la crítica literarias, sino también de los discursos de la cultura, de la filosofía, de la ciencia, y de los demás saberes que encuentran en él alusión, inclusión o relación, y que permiten comprenderlo e interpretarlo, actualizarlo y hasta apropiárselo.

Pocos críticos colombianos de literatura, en especial de poesía, se empeñaron en análisis atrevidos de la poesía, en el siglo que pasó. Este libro de Enrique Yepes\* sigue, a propósito, este camino tortuoso de la crítica literaria comprometida no sólo con las búsquedas teóricas e interpretativas del signo literario, sino también con las condiciones de la producción y de la recepción de las obras en contextos históricos, políticos, culturales y sociales determinados. Es

---

\* Enrique Yepes (Medellín, 1963) es doctor en Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Rutgers, New Jersey, y, en la actualidad, profesor de español y estudios hispanoamericanos en Bowdoin College (Maine, Estados Unidos).

destacable, además, la manera particular, sensible y crítica como el autor penetra en los textos escogidos, y en la búsqueda de nuevas expresiones o manifestaciones sobre los temas reiterados en éstos.

La obra consta de cinco capítulos que exploran, conceptúan y correlacionan los oficios del goce en la poesía hispanoamericana de los últimos cuarenta años; de una introducción que explora el campo conceptual y literario en que la obra se moverá; y de una conclusión que precisa los hallazgos y los atrevimientos posibles de este tipo de análisis. Incluye también una extensa bibliografía, el índice de los títulos de los poemas citados en extenso, y el índice analítico de temas destacados y de autores mencionados. La introducción, la conclusión y los capítulos están enmarcados por epígrafes que establecen diálogos permanentes con el discurso de Yepes, a manera de réplica, de respuesta o de interrogante, lo que señala el carácter multidisciplinario de los discursos que se entrecruzan en la obra, y la interrelación de los textos de la cultura, esto es, la intertextualidad.

El autor se propone “conectar el goce y la imaginación radical con las luchas de los marginados”, y “extender esta pasarela entre psicoanálisis y estudios sociales al arte poética”; aún más: analizar obras poéticas de las últimas cuatro décadas del siglo pasado en Hispanoamérica y, sobre todo, “plantear una manera de leer poesía y, a través de ella, participar en el debate contemporáneo sobre la cultura, los movimientos sociales y la identidad personal, tendiendo un puente entre lo íntimo y lo colectivo [...] ...investigar qué papel tiene la representación poética de lo ignoto, del goce, dentro de las formaciones sociales hispanoamericanas entre los años sesenta y noventa” (12-13).

Pero el título del libro, guiño fundamental para el lector, se aclara cuando dice que, de un lado, hay un “sentido literal” en la palabra *oficio*: “oficiar poesía es transubstanciar el goce en palabra”; pero también aplica el sentido de “participar en la industria cultural y en el mercado de los signos”; así como “escribir a favor de los distintos grupos que debaten su derecho a ser oídos” (13). En suma, los cinco capítulos se dedican a producciones literarias evadidas o excluidas de la crítica o, como con modestia lo dice en la Introducción, “un corpus textual poco atendido por la crítica” (19).

El primer capítulo, “Flor y canto: la poética y política del goce”, explora el inconsciente, la alteridad, el concepto de *gocce* en contraposición con el de *gozar*. Aborda el concepto de *gocce* desde varias corrientes psicoanalíticas, la poética, la ontología y los estudios socio-culturales: “Si el goce mismo cuestiona la supuesta unidad coherente del sujeto, su representación deliberada propone a un sujeto con derecho a la autodeterminación, en diálogo con su propia otredad”

(54). Esto mismo lleva a plantear “una cultura comprometida por la disensión y el regreso de lo(s) reprimido(s), que defiende sus instituciones únicamente en la medida en que éstas puedan abrir espacio a la alteridad”. Y la poesía del siglo XX, en correlación con discursos transgresores o lúdicos, “encarna esta voz subjetiva siempre interrumpida por el goce” (55). En este contexto, intenta delimitar el sentido del término *goce*: “...cercano a la ‘absoluta negatividad’ necesaria para ‘expresar lo inexpressable’”, y no a la “inmediatez del ‘puro placer sensible’”, el cual se asocia más a lo que entendemos por *gozar* (58).

También precisa el sustento teórico y metodológico: “Esta corriente de investigación [la de los estudios socio-culturales] concibe la cultura como el espacio donde se articulan los significados que los procesos económicos y políticos adquieren para una colectividad, que hoy pasan por la mediación de la comunicación” (en términos de Martín Barbero, 67).

Sobre los estudios poscoloniales y posmodernos, critica la posición de excluir la producción intelectual de la América hispánica y lusitana, y en ese marco ideológico observa lo que se impide y lo que se posibilita, para no proponer, entonces, verdades finales: “Tal es el oficio del goce, simultáneamente negativo como *jouissance* (Lacan), constructivo como imaginación radical (Castoriadis), y reflexivo como sensibilidad estética enmarcada en las mediaciones culturales (Benjamin, Martín-Barbero)” (73). En este marco cultural, explica cómo es más interesante confrontar las poéticas con las circunstancias socio-culturales con que éstas dialogan, que “describir la autodefinición de poéticas” (80).

El capítulo II, “Goce y escándalo público: el nadaísmo colombiano”, identifica el elemento de cohesión del movimiento poético de la década del sesenta en Colombia: “la representación del goce desde un lugar marginal, ese estado de excepción que atiza la revuelta” (91). Muestra cómo en el ideario de Gonzalo Arango se encierra la desconfianza de las utopías de la época: el capitalismo, el socialismo o el fascismo; así, los nadaístas toman distancia y se inscriben en “los oficios del goce, de aquello que se resiste a la simbolización” (95). A partir de su Manifiesto, los nadaístas cambiaron sus ritos de la palabra con transgresiones públicas, con el consiguiente escándalo y la esperada reacción de las instituciones. En sus poemas incluyen el erotismo, el misticismo, ideas libertarias y revolucionarias, drogas, todo aquello que no sólo produce escándalo sino también rechazo, condena y castigo, como crítica a la civilización, a la ideología y a los sistemas imperantes o esperados; rompimientos y transgresiones que Yepes analiza en el contexto histórico, político, social y cultural en Colombia y en Hispanoamérica. Afirma: con la obra de estos “jóvenes desclasados, la poe-

sía colombiana se afianzó como un instrumento de contestación más que de consagración, un lenguaje para representar el goce anómalo de los (in)subordinados más que para canonizar modos de ser aristocráticos, un espacio creativo accesible para muchos” (151).

El capítulo III, “Identidades dislocadas: Alejandra Pizarnik y Cristina Peri Rossi”, se inicia con una lapidaria afirmación: “Cuando el poder (manos crispadas) se ejerce para excluir a algunos, éstos acuden a los oficios del goce para revertir su exclusión” (155). La década de los años setenta fue de represiones militares, desencantos, psicoanálisis, poesía íntima, cuestionamiento de los conceptos de liberación y autonomía; contexto en el que Alejandra Pizarnik (Buenos Aires, 1936-1972) y Cristina Peri Rossi (Montevideo, 1941) entregan su obra, la cual “calibra bien este clima de interiorización y de revisión de las identidades durante los años setenta, tarea que resulta más urgente dada la situación marginal de las autoras”, quienes se ven ante el desarraigo motivado por sus ideas, su sexo y su sexualidad (156). En este caso, el goce cumple la función de romper la norma del discurso para que lo “raro” encuentre reconocimiento y valoración; lo diferente, lo anormal y lo raro, es decir, lo propio de los “expatriados”, enmarcado en el concepto de “dislocación”, busca su presencia por medio de una resistencia activa en el debate sobre la identidad (157-158).

Asimismo, la condición de exiliado aparece como asunto, en especial en la poesía de Pizarnik, quien convierte el goce en objeto de sus poemas. Lo intolerable no es el goce como accidente o como parte de la intimidad; pero, “publicar deliberadamente el flujo del goce, exiliarse de la coherencia social, asumirse como síntoma y no como ser ‘normal’, es abrirse a otras formas de subjetividad y es revisar el sistema de convenciones que estabiliza las identidades unitarias” (171). Igualmente, explora los trasfondos culturales, sexuales, ideológicos, políticos y poéticos de Cristina Peri Rossi, de cuya obra dice: “es un sondeo a la diversidad desde la irrupción heterogénea del goce”; su poesía “introduce el goce de lo(s) marginado(s)” (201); poesía que une erotismo, lenguaje y política (193).

El capítulo IV, “El acto de la autonomía y las alianzas: Rosario Ferré y Gioconda Belli”, se sitúa en la década de los ochenta, años de negociación de los movimientos sociales, más que de confrontación; y en consonancia con esta tónica, la poesía “oficia el goce” (224); época de Rosario Ferré (Ponce, Puerto Rico, 1942) y Gioconda Belli (Managua, Nicaragua, 1946), cuando “a través de diversas poéticas, la literatura escrita por mujeres ejerce una autonomía en permanente negociación, abierta a la fuente de creación y alteración que aquí se

llama goce” (225). Rosario y Gioconda quieren sondear lo que hay más allá de esas dicotomías del hombre como ser superior y la mujer como inferior, de él como pensante y ella como cuerpo. Aunque con diferencias entre sí en lenguaje, temas y posición política, “el puente del goce arrasador une a estas dos escrituras para elaborar un Yo deliberado y listo a acoger la alteridad” (290). Ellas proponen “otros modos de percepción, de convivencia y de poder dialógico que hagan posible lo insólito: la autonomía de las que han sido definidas por su dependencia. El goce no se oficia ni en el erotismo, ni en la muerte, ni en la palabra, sino en el agente siempre innombrado del cambio, el remanente excluido que retorna en síntomas inesperados...” (290).

El capítulo V, “Un goce de vida o muerte; poesída y los ‘desechables’ de Medellín”, sitúa el análisis en la década de los noventa, época de la globalización, sida, migraciones y violencia urbana. Dice Yepes: “Procesar y difundir vivencias proscritas es officiar el sonido discordante del goce que insiste en retornar desde la supresión” (298). Analiza los poemas de los “desechables”, de la delincuencia organizada, de los hispanoamericanos afectados por el sida. Es poesía casi testimonial que se desliza “como el goce solapado dentro de la institución literaria, para vigorizar su aptitud asociativa y cuestionar sus límites. Las distancias entre lo literario y lo no literario resultan menos obvias, la pertinencia social de la literatura se fortalece” (298-299). Para ello, se basa en la película *Rodrigo D: No futuro* (1986) de Víctor Gaviria, en los textos que acompañan el rodaje de ésta (1990), y en el texto *POESÍDA* (Rodríguez Matos, Carlos A., ed. New York: Ollantay, 1995), en los que analiza “la representación del goce como pulsión de muerte” (302), y las implicaciones socio-culturales de los textos producidos sobre los “desechables” y los afectados por el sida.

Una conclusión interesante de esta búsqueda, que se convierte en propuesta, es: establecer nuevos cánones de la poesía hispanoamericana desde el modernismo hasta fines del siglo pasado, “en cuanto representación del goce que se las arregla para celebrar la otredad interna y colectiva, fustigando toda forma de sujeción con el regreso de lo proscrito” (368), en los términos que el libro plantea:

Oficiar el goce da cuenta de un estado de emergencia —desorden y ascenso— que (di)vierte las identidades en una incesante recreación, negociación. Así puede sintetizarse nuestra pesquisa: estudiar una escritura que se afina en lo ajeno como trinchera y pone a circular actitudes menos excluyentes, individuos más conscientes, sociedades en que el placer sea menos restrictivo, en que la muerte tenga sentido,

en que las identidades se gocen mutuales y múltiples, no fijas y estables (365).

Y Yepes ha empezado por lograr este propósito al dar status de poesía a textos que amplían el canon literario, pues son “producidos desde muy diversos emplazamientos sociales y sexuales, al proponer criterios más amplios para evaluar la fecundidad estética y al tender un corpus en muchos casos descuidado por la crítica” (367).

La lectura del libro es recomendable y provechosa, no sólo porque incluye literaturas excluidas en el canon literario; ni porque indaga, a la manera de un buzo, las significaciones y los valores estéticos de obras subvaloradas o ignoradas por la crítica, en las oquedades de las situaciones socio-culturales; ni porque se atreva con dominio y competencia a relacionar estas literaturas con otras consagradas y colocadas en los nichos de la “gran literatura”; sino, ante todo y también, porque la obra reúne, además, un amplio y minucioso conocimiento de las teorías y los métodos de análisis sociológico, psicológico, literario, cultural y de otras disciplinas y saberes, manejados, aplicados y fusionados con maestría, coherencia, apropiación y originalidad. La sola bibliografía y los índices son una carta de orientación para quien se quiera iniciar en estudios socio-culturales aplicables a la literatura hispanoamericana; y para quien desconozca la manera de hacerlo, el libro se convierte a la vez en un método de lectura, de análisis, de interpretación y de revisión de los cánones establecidos, de los métodos esquivos a lo social, y de los procedimientos de valoración y de comprensión de nuestra realidad, a partir de la literatura.

Lo anterior no obsta para expresar que la búsqueda de Enrique Yepes en este libro soslayó la exploración de las características propiamente literarias de estas obras como signos poéticos, puesto que el análisis socio-cultural no implica negar las condiciones también intrínsecas del signo literario, esas que de igual forma excitan la sensibilidad para llamar la atención sobre lo que se dice, sobre la manera como se dice y sobre los lugares comunes que se dicen sobre ese decir poético.

Óscar Castro García  
Universidad de Antioquia